

1 - Varsovia

La sala de espera del antiguo campanario

El distrito de Stare Miasto en Varsovia es una ilusión. Parece tener centurias de edad, con edificios que se remontan al siglo XII y una muralla erigida para detener las hordas mongolas, pero el venerable aspecto del lugar es falso. Stare Miasto fue arrasado durante la Segunda Guerra Mundial —ni una piedra quedó en su sitio—, y lo que hoy se ve es una reproducción del siglo XX hecha para aparentar antigüedad, utilizando los escombros que quedaron después de que Hitler y Stalin dejaran en ruinas la ciudad.

En otras palabras, Stare Miasto es una antigüedad falsificada: bien construida y encantadora, pero falsa en definitiva.

Sé algo sobre falsificaciones. He visto muchas. Mi nombre es Lara Croft, y colecciono cosas viejas.

Era el mes de diciembre: una noche fría y clara, de las de nieve hasta el tobillo. Las calles de Varsovia estaban vacías excepto por unos tardíos rezagados, cuyos alientos echaban vapor, como fantasmas en el aire. Probablemente sus mentes estaban ocupadas con las cosas de la Navidad: regalos que comprar, recetas de cocina, decoraciones para la chimenea. Mis pensamientos, sin embargo, estaban en otra parte. Había sido llamada a Varsovia por un amigo..., y mi amigo estaba en problemas.

Su nombre era Reuben Baptiste: nacido en Trinidad, educado en Cambridge, y un compañero muy útil para alguien en mi oficio. Reuben era un ayudante de investigación *freelance*. Tenía destreza para encontrar exactamente el párrafo adecuado en el libro exacto, a menudo en polvorientas bibliotecas sin catalogar y con libros apilados en arbitrarios montones sobre los anaqueles. Reuben tenía buen ojo para descifrar jeroglíficos borrosos y para descubrir inscripciones tan tenues que eran casi invisibles. Pero sobre todo, él sabía hablarle a la gente. Podía dirigirse a los científicos de la Real Sociedad en sus clubes de Piccadilly, o a unos chamanes nativos holgazaneando en derredor de sus humeantes fogatas; podía charlar con la gente guardada en casas de reposo y extraerles la historia de cómo habían visto una vez algo raro, hace cincuenta años, mientras paseaban por la ribera del Nilo.

Por supuesto, Reuben tenía sus defectos. Todo su conocimiento provenía de los libros y la conversación, no del trabajo de campo. Nunca había entrado en una tumba antigua, o visitado una excavación arqueológica. De todos modos, en lo suyo era excelente. Si yo estaba demasiado ocupada para hacer tales tareas por mi cuenta, contrataba a Reuben para que recabara la información por mí. Él, por su parte, siempre me enviaba un recado cuando encontraba algo que me pudiera interesar. Por ello, cuando telefoneó diciendo «deja lo que tengas entre manos y ven a Varsovia», salté al primer avión disponible en Heathrow.

Antes de la salida, intenté de verdad que Reuben me explicara lo que había encontrado. Dijo que no podía contarme nada antes de conseguir el permiso de su actual patrón... y, no, no podía decir quién era. Pero si todo iba bien, ese desconocido estaría impaciente por patrocinar una expedición de aquellas que se dan una vez en la vida, y yo estaría impaciente por ir.

Eso era todo lo que pensaba decir, por lo que no exigí detalles. Una razón por la cual valoraba a Reuben es que nunca divulgaba el menor secreto de aquellos para quienes trabajaba.

Habíamos quedado en encontrarnos en el Bristol, el hotel más exclusivo de Varsovia, tan distinguido que figuraba como monumento nacional polaco. Después de que mi vuelo aterrizara, sin embargo —mientras esperaba en la aduana, que se movía a paso de tortuga porque el aeropuerto de Okęcie estaba bajo alerta de alta seguridad—, comprobé mis mensajes y encontré un recado vocal de Reuben: «Olvida el Bristol; búscame donde el doctor Jacek».

Su voz no me tranquilizó: dolorida, sin aliento. Me abrí camino por la aduana con prisa muy poco elegante.

La clínica de doctor Jacek se encuentra en el límite de Stare Miasto, alojada dentro lo que fue una vez la Iglesia de San Antonio el Grande. El templo era una de las víctimas de la historia reciente. Muchas cosas habían cambiado desde que Polonia lograra su independencia del bloque Comunista, y uno de aquellos cambios era una efusión gradual de la población desde el centro de la ciudad de Varsovia hacia unos nuevos barrios residenciales circundantes. Menos residentes significa congregaciones menos numerosas..., y finalmente el obispo tuvo que cerrar varias de las iglesias menos concurridas. Uno de los templos fue convertido en oficinas de una empresa de seguros; en otro se instaló un teatro experimental; y la antigua Iglesia de San Antonio el Grande —desacralizada con los apropiados rituales— fue vendida al doctor Stanislaw Jacek para montar una clínica privada.

El de Jacek no era un centro médico común. Era uno de esos sitios de seguridad —con puerta de acero sólido— que uno necesita en cualquier ciu-

dad importante si se hace un trabajo como el mío: una clínica donde nadie hace torpes preguntas ante las heridas de bala, y donde siempre hay antídotos contra veneno de cobra o curare. Extrañas criaturas merodean por las callejuelas de Varsovia —desde horrores de la bioingeniería a monstruosidades bíblicas—, y sus víctimas por lo general terminan donde Jacek. A menudo, los hospitales convencionales le envían discretamente algún paciente; son sitios que prefieren no recibir internos cuya carne se va transformando en una sustancia ácida y viscosa.

Cuando llegué, el lugar parecía tranquilo. Llamé a la puerta de acero —tres golpes rápidos, dos lentos, dos más rápidos— y fui admitida por una maternal recepcionista... con un portero armado hasta los dientes detrás de ella. Parecía listo a brindarme una ráfaga de su metralleta Heckler & Koch MP5 A5, hasta que la recepcionista le dio una pequeña palmada de regaño.

—*Ach*, esta es Lara. Ella es amiga.

Por lo visto, sin embargo, la amistad no era tan profunda como para permitirme ingresar armada a la clínica.

—Es lamentable, pero no hay excepciones —dijo la mujer cuando el portero recogió mis pistolas y las guardó bajo llave en una imponente cámara metálica detrás del escritorio. Antes de que se cerrara la puerta de la caja fuerte vi varias armas.

—¿Muchos pacientes esta noche? —pregunté, al colgar mi chaqueta de invierno sobre un perchero de pie.

—Solo su amigo Reuben —informó la recepcionista—. Él nos dijo que vendría usted. Pase a la sala de espera privada; se le unirá tan pronto como el doctor termine de vendarlo.

—¿Vendarlo? ¿Qué le pasó?

Me dirigí hacia el pasillo que (según sabía) conducía a las salas de tratamiento, pero el portero me bloqueó el camino. No me apuntó con el arma, pero vi cómo se tensaba su mano en la empuñadura.

—Por favor —dijo la recepcionista—, solo espere allí. No será largo. Luego podrá hablar con su amigo.

Señaló hacia una puerta; conducía a un hueco de escalera, de paredes recubiertas de piedra. Subí los escalones de mala gana.

La sala de espera privada era útil para cierta gente que prefería sufrir una pequeña molestia a cambio de permanecer fuera de la vista de los otros visitantes. Se encontraba a mitad de altura del campanario de la iglesia: un cuarto deslucido, con un mobiliario lamentable. Pero todo en la clínica de Jacek tenía un aire de mezquindad: al doctor J. le gustaba mostrarse como un viejo cascarrias que escatimaba el penique.

A pesar de la andrajosa decoración, me gustó el cuarto. Este nivel de la torre tenía altas ventanas de cristal sobre los cuatro lados; mostraba vistas espléndidas de Stare Miasto bajo su manto de nieve y el río Vístula, negro y todavía no congelado, fluyendo frígidamente hacia el este. Cuando llegué, el cuarto estaba vacío; pasé varios minutos mirando fijamente la ciudad, trazando ociosas rutas de escape a través de las azoteas. Pronto, sin embargo, oí pasos que trepaban, dolorosamente, la escalera.

Me di la vuelta; Reuben Baptiste apareció en la entrada. Me saludó de forma alegre, pero casi perdió el equilibrio por el esfuerzo. Un momento después se acercó a una silla y se sentó jadeando.

Se veía muy mal. Su piel era normalmente de un rico tostado caribeño, pero ahora recordaba a la cera a medio derretir. Incluso podía verse más piel de la habitual: las ropas de Reuben eran andrajos, quemados alrededor de los bordes.

La mayor parte de la cara estaba cubierta con un ungüento claro, sin duda aplicado por doctor Jacek. El médico había colocado también unos gruesos apósitos blancos sobre el lado izquierdo, uno en el pecho y otro en la espalda. Yo había llevado vendajes similares unos años antes, cuando una bala me había atravesado el cuerpo, rompiendo dos costillas en el camino. Por suerte, aquel disparo no ocasionó ningún daño permanente a mis órganos internos. Temía que Reuben no hubiera tenido tanta suerte —respiraba en cortas boqueadas, como si sus pulmones no pudieran conseguir suficiente oxígeno—; pero de todos modos, si Reuben hubiera sido gravemente herido, estaría ahora en la sala de operaciones, y no vendría tambaleándose a mi encuentro. Todavía era capaz de andar, y eso era una buena señal... o eso esperaba.

Otro detalle: traía un portafolio de acero inoxidable esposado a su muñeca izquierda. El estuche mostraba una línea de manchas carbonizadas a través de su superficie.

—Lara —respiraba con dificultad—. Me alegro de que estés aquí.

Me puse en cuclillas a su lado.

—¿Quién te hizo esto, Reuben?

—No lo sé.

Estreché los ojos.

—¿No lo sabes, o no lo puedes decir?

—No lo sé —repetió.

—¿No tienes siquiera una conjetura?

—No te miento, Lara; no sé lo que sucede —sonrió débilmente—. Normalmente es a ti a quien la gente trata de matar, no a mí; yo soy inofensivo.

—Y ahora me vas a decir: «Te lo juro por Dios, Lara, no puede estar relacionado con este portafolio cerrado con llave y unido a la muñeca».

Reuben miró hacia otra parte.

—No puedo hablar de esto. Es confidencial. Nunca revelo tus secretos cuando trabajo para ti.

—Al menos dime lo que pasó. ¿Cómo es que te han vapuleado así?

Reuben apoyó la nuca contra la silla.

—Cuando te telefoné —dijo— no estaba en Varsovia, sino en Atenas.

—¿Qué hacías en Atenas?

—No puedo decírtelo hasta que mi patrón lo apruebe. Pero es algo grande, Lara. Es...

Su voz se tronchó. Se estremeció de dolor.

—¿Costillas rotas? —pregunté.

—Solo una. Al menos, eso es lo que dice Jacek. Pero se siente como si fuera media docena... —Reuben tomó unas rápidas y torturadas inhalaciones—. Bien..., después de hablar contigo tomé el vuelo hacia aquí. Llegué a Okécie hace un par de horas. Nada fuera de lo común hasta que llegué a la oficina de alquiler de coches. Ya había hecho reservas varios días antes, por lo que tendrían un coche esperando...

Chasqué la lengua.

—Reuben, deberías ser más inteligente. ¿Has dado un aviso varios días antes de cuándo y dónde estarías? Alguien con enemigos no puede tomar tales riesgos.

Reuben hizo una mueca.

—No creí que tuviera enemigos...

Intentó respirar hondo, luego se estremeció por lo que debe haber sido otro pinchazo de su costilla rota. Después de tragarse el dolor, continuó:

—La agencia de alquiler tenía a dos personas en la oficina: un chico, tal vez de diecinueve años, y un tipo más viejo que parecía algo nervioso. Retrospectivamente, me doy cuenta de que el tipo más viejo actuaba de forma sospechosa: ahuyentó a otros clientes y hasta gritaba «¡ya no hay coches! ¡No tenemos más coches!». Debí haber notado que era raro que limpiara la oficina de gente, y no me echara a mí también. Pero como estaba cansado y mareado por el desfase horario... Ah, no frunzas el ceño, Lara, sé que eso no es ninguna excusa. De todos modos, el más viejo me dio las llaves de un coche y me dijo dónde estaba estacionado; pero el chico se ofreció a traérmelo. Hum... bien, mi patrón tiene bolsillos abultados y me concede una enorme cuenta de gastos, de modo que busqué algo rápido, brillante y deportivo. Un Lamborghini Diablo.

Alcé las cejas.

—¿Se puede alquilar un Lamborghini Diablo?

Ah, queridos míos, ¿qué ha sido de la exclusividad? Resolví vender mi propio Diablo antes de que la gente piense que estuve buscando ofertas en Hertz.

—Se pueden conseguir buenos coches si uno llama con suficiente anticipación —aseguró Reuben—. Imaginé que el muchacho quería tener la posibilidad de conducirlo, aunque solo fuera para sacarlo del estacionamiento. El tipo más viejo dijo no, no y no, pero decidí permitirle al chico la emoción. Le arrojé las llaves, diciéndole «tú mismo». —Reuben suspiró y bajó los ojos—. Pensé que le hacía un favor..

No era difícil adivinar lo que había pasado después.

—Continúa.

—Bueno, el chico fue a sacar el coche. El tipo más viejo tenía una mirada extraña, y después de unos segundos entró en el cuarto trasero sin decir ni una palabra. Me paré frente a la ventana de la oficina, una de esas de vidrio laminado que dejan ver todo el estacionamiento, y miré llegar al chico. El deportivo era rojo y hermoso... —Reuben sacudió tristemente la cabeza—. En el último momento, noté un estante con mapas de carretera gratuitos sobre la pared lateral de la oficina. Me acerqué para coger uno de Varsovia, por si lo llegara a necesitar...

—Y eso te salvó la vida.

Asintió.

—El coche estalló justo en la puerta de la oficina. Si hubiera seguido de pie frente a la ventana, el cristal me habría dejado hecho un colador.

Reuben se calló, meditabundo. Quise tranquilizarlo, darle una palmada en el hombro o un abrazo y decirle que lo comprendía... pero no pude ser impulsiva y dejar de lado las restricciones con que fui criada. *Lara, cariño, no hay que meterse. Por más que una lo sienta, no debe meterse.* Tal vez Reuben lo prefirió de ese modo: ambos fingiendo que no estaba al borde de las lágrimas. Aquel chico que había querido conducir un Lamborghini había muerto en lugar de Reuben.

Es cruel la culpa del que sobrevive. No hay razón para tomar la carga por una muerte que no se ha cometido, pero en el alma queda una sensación de deuda cuando la bala que era para ti golpea a otra persona. Una deuda que nunca podrás pagar.

—No es como en las películas —murmuró Reuben—. Cuando un coche explota, digo. No es un estallido de fuego con dobles que saltan de trampolines para simular la fuerza de la onda expansiva.

—Lo sé.

Me miró, molesto, pero algo en mi cara debió de decirle que yo sabía realmente lo que era soportar una explosión. Sentir la pared de calor que te golpea, el ardor de los ojos secos, los tímpanos que estallan, tu cuerpo aporreado como si recibieras mil golpes simultáneos, el empujón del fuego que te arranca del suelo y te lanza hacia atrás con una fuerza que supera tanto a la humana que la humillación es tan insoportable como el impacto.

Durante un momento no hay nada. Incluso si se está consciente no se puede ver, oír, o sentir. Los sentidos se entumescen durante un corto período de gracia, mientras el cerebro trata de entender lo que ha pasado. De repente, todo se desborda en la conciencia: luz, si los ojos no se te han quemado; sonido, si te queda algo de los tímpanos; y mucho... mucho dolor.

—Me desmayé por un rato —dijo Reuben—. No sé cuánto tiempo. Al despertar, me sentí quemado de pies a cabeza, hecho un guiñapo contra la pared, rodeado de mapas sucios, algunos de ellos ardiendo sin llama... y vi al tipo de la agencia que se inclinaba sobre mí. Pensé que intentaba ayudarme, pero descubrí que sostenía un cuchillo de carnicería del tamaño de un machete. Estudiaba mi muñeca, tratando de decidir la mejor manera de cortarme la mano.

Reuben levantó el brazo que lo unía al portafolio. No me sorprendió que el hombre hubiera tenido la intención de amputarlo; no tenía dudas de que el portafolio era el motivo de la bomba. Ese tipo de maletas está diseñado para mantener a salvo su contenido ante cualquier eventualidad. Asumí que el plan original había sido hacer explotar a Reuben con el Diablo, para luego separar el portafolios del cadáver. ¿Por qué si no tendría aquel hombre un machete si no esperara usarlo?

La única sorpresa era la vacilación del hombre antes de cometer el hecho. Debió de haber pasado horas o días preparándose mentalmente para la amputación, el tiempo suficiente como para dejar de lado cualquier delicadeza. Entonces, ¿por qué la pausa? A menos que siempre se imaginara cortando un miembro carbonizado, y se detuviera ahora consternado frente al brazo relativamente sano de Reuben.

Pero dejé esas preguntas de lado. Viendo el brazo de Reuben, era evidente que estaba intacto.

—Intuyo que convenciste al caballero de que no te la cortara.

—A la fuerza —Reuben sonrió levemente—. Pensó que aún estaba inconsciente; no vio venir el golpe. Le di un puñetazo en la nariz, y quedó suficientemente mareado como para poder quitarle el cuchillo de la mano. Entonces lo golpeé varias veces con el portafolio. Eso es todo.

—Pero no estaba solo, ¿verdad?

Reuben me contempló.

—¿Cómo lo sabías?

Señalé el vendaje que le cubría el pecho y la espalda.

—¿No son heridas de bala? Te enfrentaste a algo más que un cuchillo de carnicero y un coche que explota.

—Ah. Cierto.

Reuben bajó la vista hacia las vendas como si se hubiera olvidado de ellas. Era una mala señal. Si sus quemaduras eran tan serias como para que no recordara que le habían disparado...

Después de un momento, continuó:

—Sí, el tipo del cuchillo tenía un amigo esperando en un coche estacionado. Debía de ser el plan de escape: el hombre de la oficina tomaría mi portafolio y sería recogido por el tipo del coche, marchándose antes de que la policía llegara. Por suerte para mí, el conductor había estacionado bastante lejos; supongo que quiso mantenerse fuera del radio del estallido. Me disparó desde esa distancia y falló. Bueno, falló bastante. El doctor Jacek dice que la bala entró y salió sin atinar a nada significativo.

Reuben apretó la mano contra su costado. En el silencio de la sala de espera, oí el ruido de la sangre aplastada bajo la gasa.

—¿Qué tipo de arma usó el conductor? —pregunté.

—No sé. Una pistola. Tamaño medio.

Hice una mueca. ¿Tamaño medio? ¿Qué significaba eso? Cuando todo acabara, tendría que enseñar a Reuben unas cuantas cosas sobre armas de fuego.

—¿Tenía al menos un silenciador? —pregunté.

Reuben sacudió la cabeza.

—Dudo que el hombre esperara tener que usarla. Ha de haber supuesto que yo moriría en la explosión. El arma era solo por seguridad, por si algo fuera mal.

Me encogí de hombros. Probablemente Reuben tenía razón.

—Entonces, ¿el segundo hombre te disparó?

—Sí, cuando yo atravesaba los escombros para salir de la oficina. No había quedado mucho del frente del edificio. Tuve suerte de que el lugar entero no colapsara sobre mi cabeza.

—Probablemente no fue suerte —dije—. Si la intención era matarte, pero salvar el portafolio, usarían tan poco explosivo como fuera posible. Se asegurarían también de que el Diablo solo tuviera unas gotas de gasolina, para reducir la posibilidad de un incendio. No más daño del necesario.

—Es fácil para ti decirlo —murmuró Reuben—. A mí me pareció un caos. Todo destruido a mi alrededor... y luego ese tipo que comienza a dispararme.

—¿Qué hiciste?

—Me lancé cuerpo a tierra, jadeando, y por poco me ensarté en los cristales rotos. ¿No es extraño? Me habían disparado, pero lo que conservo en mi mente es el terror a ensartarme con el cristal.

—El cristal agudo puede ser letal —aseguré—. Además, la mente hace cosas raras cuando el cuerpo recibe una herida importante. A veces se fija en trivialidades como un modo de bloquear el dolor.

Reuben me miró.

—Tú lo sabes todo sobre heridas, ¿verdad? Pero yo también voy aprendiendo. Después de un segundo, apenas sentí la bala. Mi mente trabajaba a

toda velocidad, pensando en cómo escapar —se encogió de hombros—. Entonces se me ocurrió algo. ¿Has visto que algunas oficinas de alquiler tienen un tablero para colgar las llaves de los coches? Bien, debido a la explosión el tablero había caído en el estacionamiento, a solo unos pasos de mí; aún conservaba algunas llaves en los ganchos. Me arrastré, cogí todas las llaves que pude y comencé a buscar un coche que abriera.

—¿El hombre había dejado de disparar?

Reuben asintió.

—Había decenas de coches estacionados entre nosotros. Me mantuve por debajo de la línea de fuego. Al poco rato, oí el motor acelerar; pensé que tal vez el pistolero hubiera decidido huir. Pero no tuve tal suerte: comenzó a venir hacia mí.

—Un tipo con determinación.

También un tipo extrañamente descuidado respecto a la policía. Esa gente había hecho explotar un automóvil cerca de un aeropuerto internacional; tal fechoría llama enormemente la atención de los funcionarios afectados. No solo las autoridades polacas; la Interpol estaría implicada, e incluso el MI-6, la CIA, el FCIS de Rusia, y otra docena de organizaciones; todas se ponen nerviosas cuando las palabras «explosión» y «aeropuerto» aparecen en la misma oración. Esto explicaba por qué Okêcie había sido puesto en alerta cuando yo llegué. Varsovia era en esos días una zona caliente. Los hombres que atacaron a Reuben no comprendieron que habían pateado un nido de avispas, o tal vez creyeron estar a cubierto de persecuciones internacionales.

—Las llaves tenían unos rótulos donde figuraban las matrículas de los coches correspondientes —continuó Reuben—. El primero que encontré había estado demasiado cerca de la explosión, y estaba volcado sobre el techo. Pero el segundo todavía estaba bien. Me introduje despacio, y ya lo había arrancado cuando el hombre me encontró y disparó nuevamente.

—¿Te alcanzó otra vez?

Reuben sacudió la cabeza.

—El disparo dio contra la ventanilla del conductor, pero había bajado la cabeza; recibí las esquirlas de vidrio en la espalda y el cuello. Entonces pisé el acelerador y salí.

—Con el villano detrás de ti.

—Mi primera persecución —dijo Reuben, en tono jocoso—. Te contaría cada detalle, pero no recuerdo gran cosa —sonrió con pesar—. Bueno, me acuerdo de haber estado aterrorizado, con momentos ocasionales del más ciego pánico. Pero cómo me escapé..., eso es solo un suceso borroso en mi recuerdo.

—Entiendo —le dije—. Has conducido a toda velocidad y enfrentado riesgos irracionales hasta que caíste en la cuenta de que lo habías perdido.

—Eso lo resume bien —dijo Reuben—. Durante cinco minutos zigzagué entre el tráfico como un maniaco. Luego, de repente, no había nadie detrás de mí. Nadie en absoluto. Entonces frené, dirigí el coche hacia la cuneta y me desvanecí. —Cerró los ojos, como si el recuerdo lo avergonzara—. Cuando desperté, me sentía tan aturdido... Se suponía que debía llegar adonde esperaba mi patrón, pero eso estaba a tres o cuatro horas de la ciudad. Nunca lo lograría a menos que viera antes a un médico.

—Entonces... abandonaste el vehículo y viniste aquí, supongo.

Reuben vaciló.

—Ah, no... Reuben, por favor, dime que te has deshecho del coche que conducías, el que conoce el hombre que antes te disparó. Por favor, dime que lo dejaste a kilómetros de aquí.

—Hum. Bueno...

Eché un vistazo por la ventana del campanario. Las calles de Stare Miasto están cerradas al tráfico de automóviles, pero la clínica estaba en el borde del distrito. Podía ver un estacionamiento apenas cruzando la calle... y a esa hora de la noche, había solo unos vehículos en el parque. Era difícil estar segura por la oscuridad, pero uno de los coches parecía haber perdido la ventanilla del conductor.

—Reuben, la gente que te persigue seguramente se habrá preguntado: «¿dónde iría un hombre herido de bala si necesitara asistencia médica?» —le expliqué—. Esta clínica les vendrá a la mente inmediatamente; y lo comprobarán. Si eres tan descuidado para dejar tu vehículo en el estacionamiento más cercano, como un faro anunciando «estoy aquí, estoy aquí»...

Reuben se estremeció y miró hacia la puerta.

—Deberíamos irnos.

Bajo el campanario se detuvieron cuatro Ford Explorer negros e idénticos, deslizándose en la calle barrosa por la nieve medio derretida.

—Demasiado tarde —dije—. Ahora estamos en problemas.

2 - Varsovia

El piso superior de la clínica

Aparté la vista de la ventana.

—Dime una cosa, Reuben. Sea lo que sea lo que hay en el portafolio, por favor, dime que no se trata de dinero. Si los que llegaron en esos coches son solo ladrones que buscan efectivo, déjales que se lo lleven. Podemos abrir esas esposas...

Reuben la interrumpió:

—No tengo llave. Ni de las esposas, ni del maletín.

Me quedé mirándolo.

—¿No tienes las llaves? ¿Pasaste el portafolio por la aduana y la seguridad del aeropuerto sin que te lo hicieran abrir?

—Mis patronos lo arreglaron. Tienen influencia con las autoridades.

—Así parece... —Le habría exigido los detalles, pero no había tiempo—. Mira, probablemente pueda abrir las esposas... y lo haré si eso nos salva la vida. Demos la maleta a los tipos malos. No hay razón de que alguien más muera por ese dinero.

—No se trata del dinero —acotó Reuben—. Se trata de los pistoleros a sueldo como estos de afuera. Si logro hacer mi entrega, los criminales de todo el mundo estarán en serios problemas.

—¿Tienes pruebas contra ellos? ¿O secretos sobre operaciones criminales? —Pero antes de que pudiera contestar, lo hice callar con un gesto—. No importa. No hay tiempo para que me lo expliques.

Abajo, en la calle, unas oscuras figuras salían de los Explorers: cuatro de cada uno, dieciséis en total. Vestían los típicos equipos negro sobre negro —pasamontañas y chalecos de kevlar incluidos— que se han hecho obligatorios en los matones sin el menor sentido de la elegancia. ¿Dónde compran esas ropas? ¿En alguna tienda de caridad, que consigue prendas usadas de películas serie B de Hollywood? Por una vez, me gustaría enfrentarme a pistoleros con esmoquin. O cachemir.

—Una última pregunta —dijo a Reuben—. Si el portafolio es una entrega, ¿adónde se supone que debes ir?

Vaciló... pero comprendió que, si quería mi ayuda, tenía que confiar en mí.

—Al monasterio de San Bernward —dijo—, lejos, al nordeste de aquí, cerca de la frontera con Lituania. Es difícil encontrar el acceso entre los caminos vecinales; pero si tú conduces, te mostraré el camino.